

El tiempo del mito

Fernando Iwasaki

Definitivamente, Baldomero Denegri era un tipo extraño. Tan extraño que a nadie le sorprendió su muerte tan grotesca. Su fisonomía también fue poco común: era alto y de una delgadez enfermiza. En la cabeza —donde nítidamente destacaban la nariz y la mandíbula— una frente enorme se prolongaba por encima de las orejas, gracias a una incipiente calvicie que coronaba su cráneo en una hirsuta maraña rojiza de cabellos crespos. Los ojos, saltones y vidriosos, resultaban agrandados por los alucinantes «fondos de botella» que llevaba por gafas, y los brazos —finalmente— terminaban en unas temblorosas patas de pollo en las que más de un malicioso afirmó haber visto palmas peludas.

Intelectualmente fue un hombre muy capaz, pues se doctoró en arqueología con sobresaliente *cum laude* y siempre destacó en la universidad como un catedrático entretenido e inteligente. Sin embargo, la curiosa combinación de sus tópicos favoritos con los temas arqueológicos le hicieron perder seriedad. Claro, si a su natural excentricidad unimos el psicoanálisis, la sexología y los alucinógenos, el resultado no podía haber sido más que un caótico amasijo de rocambolescas teorías sobre el origen de la cultura peruana, la religión andina y la sexualidad entre los antiguos peruanos que sólo él era capaz de entender.

Las malas lenguas comentaban que en su casa se daban cita los tipos más extravagantes, con quienes organizaba psicodélicas sesiones de ayahuasca y San Pedro mientras entonaban rarísimos cánticos gregorianos. Denegri jamás desmintió esas habladurías y hasta parecía divertirse aumentando la incertidumbre, y contes-

tando que «las drogas son el medio más antiguo para comunicarse con los dioses».

Por último, sus obras *El onanismo entre los mochicas* (Berkeley, 1968), *Falos y arquetipos en la cosmovisión andina* (Huancayo, 1972) y *Un homo-erectus en Marcahuasi* (Zacatecas, 1975), así como sus esporádicas intervenciones en TV debatiendo acerca de los temas más sicalípticos y estrambóticos, terminaron por crearle una imagen de la cual nunca pudo sacudirse. Por eso a nadie le extrañó que sus últimos dos meses de vida fueran de una degradación progresiva y que su cadáver apareciera en la huaca Juliana en medio de las circunstancias más inverosímiles:

El cuerpo se hallaba en posición fetal, desnudo y dentro de un círculo de ceniza. No se hallaron signos de violencia y la autopsia reveló que el difunto había consumido el cacto alucinógeno del San Pedro. Pero lo más sorprendente del caso fueron dos cosas: el parte médico, que señaló «muerte natural», y una misteriosa expresión en el rostro de Denegri, como si la sensación de la muerte hubiera sido la más dulce del mundo.

106

En la universidad no quedaron muchos ánimos de comentar el asunto después de las investigaciones policiales y de lo publicado en los diarios. Tan sólo el gordo Guarisco se atrevió a sentenciar: «Baldomero mancó en su ley. Ese pata tenía que morir por la pichicata o de un pajazo».

¿Cómo acabó así? Es imprescindible que presente el itinerario de los hechos que marcaron sus postreros días. Todo comenzó en un mes de julio, cuando Denegri dictaba la última clase del ciclo y exclamaba con el rostro afiebrado por la emoción:

—Es obvio que en la antigüedad los hombres fueron más felices que nosotros, porque ellos vivieron en un mundo perfecto que estaba regido por leyes inmutables que a su vez reflejaban los actos arquetípicos de dioses y héroes. En cambio, la sociedad moderna ha creado tabúes y prejuicios que nunca tuvieron las sociedades

arcaicas. ¿Acaso Edipo tuvo el complejo? No, señores. No lo tuvo. ¿Acaso el hombre primitivo se escondía para masturbarse? Tampoco, ya que no existían fronteras entre el cuerpo, la naturaleza y la tribu. ¿Acaso no han visto a los monos rascarse y despiojarse mutuamente? Pues así se corrían la paja en las hordas de cazadores. Entonces, si quisiéramos reconstruir el pensamiento religioso de nuestros antepasados, debemos recorrer el mismo camino que ellos siguieron; tendríamos que despojarnos de nuestra moral y revivir las experiencias que les permitieron conocer las revelaciones sagradas. De lo contrario, ¡jamás rescataríamos esa parte esencial del pensamiento humano!

Cuando todos pensábamos que la clase ya había terminado, a la tetuda de la Maripili se le ocurrió preguntar: «Si, o sea, ¿no hay algún medio de revivir esas experiencias?». Recuerdo que en ese momento pensé que Denegri nos propondría un «Pajazo Inicial Propiciatorio», porque sus ojos adquirieron un brillo de triunfo a la hora de responder:

— ¡Sí que lo hay, señorita! Gracias por la pregunta y sáquese el lapicero de la boca si no quiere que piense cosas horribles de usted. ¿Alguna vez han oído hablar del *Amanita Muscaria* o del *Peyote*? Pues fueron los alucinógenos que emplearon los antiguos griegos y aztecas para comunicarse con sus divinidades. Sí, señores. Esa era la técnica arcaica del éxtasis, el principio elemental del chamanismo, y yo pienso demostrar que aquí en el Perú, los hombres de la cultura chavín crearon su olimpo lítico bajo el onírico influjo del San Pedro. Precisamente, voy a aprovechar estas vacaciones de medio año para realizar algunos experimentos que puedan ayudarme a demostrar mi hipótesis. Como futuros arqueólogos, ¿alguno de ustedes querría trabajar conmigo y acompañarme al Callejón de Huaylas?

Todos nos miramos las caras. Si había algún valiente o algún loquito capaz de masturbarse con Denegri al pie del Huscarán, nadie quería dejar de saber quién era. Sin embargo, como la negativa fue unánime, Baldomero no tardó en abandonar el aula con una mueca de suficiencia. No le volvimos a ver hasta los primeros días de setiembre, cuando empezaron las clases del siguiente semestre.

Nunca dejaré de reconocer que Baldomero Denegri contrarrestaba muy bien su desagradable apariencia con una simpatía e inteligencia notables. Empero, de aquellas vacaciones regresó transformado de cabo a rabo. Es decir, desaparecieron sus aspectos positivos y se le acentuaron los negativos: se volvió huraño, perdió el sentido del humor y demostraba un miedo irracional a todas las cosas. Aquel nuevo Denegri completamente calvo, más flaco que una lombriz, de rostro tuberculizado y mirada estrábica, entró a dictarnos la clase con una voz gutural y cavernosa:

108

—El arte chavín es básicamente representativo, pero su significado queda oscurecido por las convenciones que rigen su estilo y porque los detalles no se representan directamente, sino de una manera figurada o metafórica. Como ustedes saben, el arte primitivo es el resultado de la creencia en la fuerza mágica de la imagen, y por eso el jaguar que predomina en la iconografía chavín es algo más que un mero animal totémico: representa el principio vital, la idea de totalidad y el origen de la vida y de la muerte. Los hombres surgían y regresaban siempre de él o a él. Nadie escapaba a su fuerza y penetrar en su universo insondable requería una iniciación de horror que culminaba en un eterno descanso.

Decía tales cosas con tanta convicción que se transformaba: adquiría una sonrisa nerviosa, le temblaban las manos y la pupila se le situaba en el centro del globo ocular mirando hacia arriba. Quizá era por el tema de las clases, pero su rostro comenzó a recordarme los dibujos del arte chavín, sobre todo por el ojo extático y una mueca de espanto que dibujaba una risa macabra.

En los días siguientes sus desvaríos aumentaron. Las clases —más vívidas que nunca— llegaron a inquietarnos, porque el cuerpo se le consumía poco a poco y su mente evidenció los primeros trastornos: al principio empezó a hablar solo, luego a demostrar ese miedo cerval que le obligaba a mover los brazos como si espantara invisibles figuras; pero cuando le echaron del Museo Nacional por mentarle la madre a la «Estela de Raimondi» y cuatro turistas japoneses tuvieron que contenerlo para que no la destruyera, las autoridades de la universidad decidieron concederle una licencia. Días más tarde lo encontraron en la huaca Juliana.

Hasta aquí los hechos que son del dominio público. Meses después, cuando la Facultad de Letras nos designó a Mario y a mí para hacer el inventario de la biblioteca de Baldomero Denegri, hicimos un hallazgo que nos dio una nueva visión de lo ocurrido.

La casa era lo bastante grande como para un hombre solo, pero aparentemente les había dado un buen uso a todas las habitaciones. De acuerdo con el testamento, la universidad era la única beneficiaria de sus bienes, lo cual nos extrañó, pues sabíamos que Denegri tenía un sobrino medio loquito que tocaba la guitarra eléctrica y el clarinete.

Comenzando por la planta baja, nos llamó muchísimo la atención la impresionante colección de cerámica precolombina que adornaba las estanterías. Al acercarnos, comprobamos que todos eran de los llamados «huacos eróticos». Era increíble, con morbosa minuciosidad Denegri había catalogado cada una de las posturas representadas en la cerámica y las había calificado del 0 al 20. Empero, lo que rebasó todas nuestras expectativas fue la biblioteca.

Se hallaba en el salón más amplio del segundo piso y contenía los más importantes volúmenes publicados sobre historia, filosofía, arqueología, literatura y antropología. Se trataba, pues, de la biblioteca de un humanista nato, lo cual nos llenó de satisfacción, ya que respondía a la imagen que teníamos de Baldomero. Sin

embargo, también encontramos textos de esoterismo, astrología y magia, que, junto a los tratados de sexología y teología mística, drogas y alcaloides, psicoanálisis y mitología, consiguieron recrear todas las facetas de la original cosmovisión de Baldomero Denegri.

Recuerdo que al concluir el segundo mes de trabajo ya habíamos catalogado lo más significativo para el uso de la biblioteca de la facultad, mas aún faltaban los libros extraños, cuyo número subestimamos al principio. Realmente no sabíamos si a la universidad le podrían interesar las *summae* de ciencias ocultas o el raído ejemplar del *Malleus Maleficarum*. Por otro lado, resultaba muy curioso no poder establecer la procedencia de dichos impresos, a veces muy deteriorados y otras con las páginas arrancadas. Lo mismo ocurría con su correspondencia, pues Denegri quiso ocultar en todo momento la identidad de los compañeros de su círculo intelectual, quienes aparecían en las fichas con nombres en clave que sólo él habría podido identificar. Así supimos que su proveedor de libros era un sujeto llamado «Augusto O.» y que su ejemplar dedicado del *Necronomicón* se lo había prestado a un tal «Antimonio».

110

Cuando finalizamos el inventario recibimos la orden de proseguir con sus manuscritos, ya que la universidad había decidido publicar sus obras completas.

Los trabajos inéditos de Baldomero eran de lo más pintorescos: *La fellatio Wari*, *Un caso de represión andina*, *¿qué cubren las manos de Kotosh?* y un inconcluso ensayo sobre los antecedentes hititas de la cultura andina. Fue así —mientras bromeábamos acerca de la futura edición— como dimos con su «Alucinógenos y Religión: aproximaciones hacia el arte Chavín»¹, donde reconocimos los temas que tanto le obsesionaron durante sus últimos días. Jamás olvidaré que después de leerlo íntegramente, encontramos una serie de folios en los que Baldomero había garrapateado con mano temblorosa una carta que revelaba el origen de sus trastornos.

¹ Publicado en *Histórica* vol. XI, n.º 1 (1987): 1-24.

Con mudo estupor fuimos avanzando en la lectura del manuscrito, y reparamos en que la historia que creíamos conocer se transformaba en otra muy distinta. Sin embargo, prefiero transcribirla literalmente, pues no resistí la tentación de conservarla y las circunstancias que me llevan a difundirla ahora lo justifican:

Mi Querido R.G.

[¿«Antimonio»?]

En vano he esperado tu regreso pensando en que tal vez en el libro encontraría algún remedio para mi mal, pero ya es muy tarde para intentar cualquier cosa y ahora el proceso es irreversible. Te dejo esta carta para que quede un testimonio de mi descubrimiento y para que todos sepan que Baldomero Denegri tuvo razón. Esto es horrible, pero ¿sabes una cosa?... Yo lo haría de nuevo. ¡Sí!, las sensaciones que he tenido y las que me esperan no las cambiaría por nada del mundo.

Hace como dos meses fui a Chavín de Huántar a realizar un experimento: deseaba demostrar que había una relación entre los alucinógenos, el arte y la religión de la cultura chavín. Ahí me esperaba Diógenes Cachay, un conocido «maestro» del San Pedro que ya había hecho «viajes» parecidos al que yo quería hacer.

—¿Cómo está, señor? ¿Siempre quieres que te lleve? —me preguntó.

Yo asentí sin inmutarme.

—Muy bien, pues. Pero no te olvides que tienes que hacer todito lo que yo te diga, señor. Si no, allá dentro te lo puedes quedar.

Del albergue nos dirigimos a la explanada que está frente al templo. Serían como las ocho de la noche y Diógenes prefirió que permaneciéramos en la oscura y fría intemperie: «Más mejor nos quedamos afuerita, señor. Los espíritus son más fuertes en el templo».

Inmediatamente comenzó a sacar una serie de objetos: botellas de líquidos turbios, imágenes de santos, piedras de colores, estampitas

milagrosas y hasta unos tres huacos de turbadora expresión. Después trazó un círculo de ceniza y nos situamos dentro con nuestros amuletos.

—Esta noche todos tienen que ayudarnos —prorrumpió—. Por eso me he traído a mis santos y a mis huacas, pues.

Luego de rociarnos con agua bendita, comimos una cancha amarga y aspiramos el humo producido por unas hierbas rojas.

—El San Pedro tienes que sorbértelo sin dejar de respirar por la nariz —explicó mientras me alcanzaba un pocillo—. Eso. Así, señor. Con tragos largos, todito. Ahora cierra los ojos y no los abras hasta que te avise. Piensa en tu ayer. Con eso te vas para atrás rapidito.

Casi de inmediato sentí una sensación de sopor, y el humo que rozaba mi cara se convirtió en una suerte de espuma que, al aspirarla, penetraba en mi cerebro agudizándome los sentidos. Sí, tenía toda la cabeza llena de esa espuma hechicera. Al mismo tiempo, un calor insoportable me abrasaba. ¡Parecía que del trazo del círculo se elevaban lenguas de fuego! Instintivamente toqué el suelo, pero mi mano se sumergió en un líquido helado y gelatinoso.

112

De pronto comenzaron las imágenes: Ahí estaba yo en mis primeros años de universitario, con mi corbatita michi, una sonrisa estúpida y la cabeza rapada después de ese ritual cretino del examen de ingreso. Luego vi los preparativos del estúpido baile de graduación escolar al cual me opuse (todos mis compañeros pensaban que lo hacía por comunista, mas la verdad es que no tenía a quién invitar y me moría de ganas de ir). Vi a los curas obligándome a hacer los ejercicios de Educación Física y a mis padres besándose mientras los espiaba por el ojo de la cerradura (¡la remota «escena primaria» de la que nos habla Freud! ¿Te das cuenta?). Repentinamente, las visiones se hicieron más fugaces. Contemplé a Lima ocupada por el ejército chileno y la construcción del Ferrocarril Central; hombres consumiéndose por el fuego de la Inquisición y una corrida de toros del siglo XVI. Vi a los incas someter a pueblos enteros y a ellos a su vez sometidos por los españoles. ¿Acaso veré cómo surgió la cultura peruana?, pensaba. La arenosa voz

de Diógenes detuvo mi caída en el tiempo: «Ya puedes abrir los ojos, señor. Hemos llegado».

Estábamos en el mismo punto de partida y la negra silueta del templo se recortaba en la oscuridad. Intenté ver la hora.

—Aquí tu reloj no sirve, señor —dijo el «maestro»—. Ya no existe el tiempo en este sitio. Ahora vamos a entrar al Castillo. No, no te pares. El circulito se mueve solito.

Fue una cosa alucinante. ¡Distinta a todas nuestras experiencias colectivas con mezcal, heroína y LSD! ¡La materia se volvió un accidente insignificante! Nuestros cuerpos o nuestras mentes atravesaron las sólidas paredes de roca hasta llegar a un recinto muy amplio en donde un hombre se hallaba atado a una gran escultura de piedra que reconocí como «El Lanzón».

—¡Pobrecito! —dijo Diógenes—. Lo van a sacrificar al jaguar.

El ritual me extrañó mucho: no veía a la fiera ni llevaban cuchillos. Tampoco había altar. Sólo un grupo de sacerdotes dándole de beber a la víctima en unos cántaros de barro rojizo y un círculo de ceniza trazado en el suelo.

—Ahora es cuando tienes que ser más valiente, señor —resonó la voz de mi guía—. Este sacrificio que vas a ver no es como otros sacrificios. Esos hombres están tomando San Pedro y los sacerdotes ahorita van a llamar a los espíritus que le van a preparar el camino a Él. Recuerda, señor: nosotros también hemos tomado San Pedro y también vamos a ver a esos espíritus y ellos también nos van a ver a nosotros. Pero aquí dentro del circulito no nos va a pasar nada, señor.

Lo que ocurrió después me resulta inenarrable. Primero aparecieron unos monstruos semejantes a sapos y monos que chillaron alrededor de ese desgraciado infundiéndole un gran pavor. Algunos de ellos se acercaron amenazadoramente a nosotros, pero Diógenes los ahuyentó con un chorro lechoso que sacó de una de sus botellas.

—¡Fuera, mierdas! —gritó—. Esos bichos son los espíritus más mugrientos, señor. Son los que vienen primerito, primerito, porque se

comen el miedo de la gente y así es más fácil para los otros espíritus. Pero mi agüita de rocoto les hace quemar su culo.

Los ojos de la víctima se pusieron extáticos, y poco a poco fueron rodeándole figuras inverosímiles de brumosa entidad, que indudablemente fueron los modelos de la iconografía chavín. ¡Yo tenía razón!, pues con los sacerdotes se encontraba un hombre que iba dibujando en la tierra las horribles figuras que acudían al conjuro del San Pedro.

Vi a las «Mariposas Dentadas» arrebatarle al sacrificado la fuerza, el cabello y la juventud del rostro; al tenebroso «Lagarto del Obelisco» devorarle los sueños y sus ideales; a la «Medusa» llevándose sus pasiones y a los «Monstruos Andróginos» de las columnas del templo dejarlo sin deseos. Un negro cóndor se abatió sobre sus recuerdos y el demonio telúrico le succionó las angustias y las alegrías. Finalmente, la inconfundible figura del enano de la «Estela de Raimondi» lo privó de la voluntad. Curiosamente, el rostro desencajado de la víctima adquirió una expresión de paz y tranquilidad.

114

—¡Ahora sí, señor! —la voz de Diógenes sonaba alterada—. Estos ya han hecho su parte y ahorita vendrá Él para llevarse su alma pura. ¡No te voltees, señor!, ¡haz como yo!, ¡haz como los sacerdotes!, ¡tápate los ojos! Si lo miras, Él te atraparé.

Impulsado por el miedo me cubrí, mas mi mente científica siguió trabajando. ¿Cómo será la visión de los dioses?, me pregunté. Recordé que, por haber visto el rostro prohibido, muchos mortales recibieron grandes dones: Tiresias, San Pablo y Utnapistín. ¡Sí!, ese hombre no quería que yo conociera su secreto. Deseaba que no poseyera la fuerza divina. Lentamente giré la cabeza sin girar los ojos.

En el trayecto mi vista se cruzó con las figuras de Diógenes y los sacerdotes postrados de cara al suelo. Sólo el artista seguía dibujando con un rictus de espanto. Terminé de volverme y entonces lo vi.

Créeme que, a pesar de la visión, mis recuerdos no son del todo coherentes porque por unos segundos mis cinco sentidos se resumieron

en uno solo. No obstante, su mueca diabólica simulaba la carcajada del gato enfurecido, sus ojos eran como flamas y en su boca alcancé a divisar un abismo insondable. Pero su cuerpo, esas manchas sobre la piel amarilla, eran los rostros de los miles de hombres que le pertenecían. No estaban muertos, sino sumidos en una masa confusa y palpitante, en un éxtasis perpetuo. Fuera de Él todo era miedo y violencia, dentro de Él estaban la paz y la vida.

Intenté huir, y en mi carrera volví a ver los episodios de la historia y de mi infancia como si fueran una catarata de recuerdos caóticos. Cuando desperté estaba en mi cama del albergue, y Diógenes a mi lado. Me miraba con lástima y me dijo a modo de lacrimógeno reproche: «Yo te dije, señor. No lo mires, señor. Ahora ya te ha visto y va a venir a buscarte».

El sólo pensar que mi destino era compartir la trágica suerte de aquellos hombres me sobrecogió. A veces no termino de creerlo: pensar que me formé en el conocimiento de los mitos y que terminé cometiendo el mismo error de Orfeo y Guilgamesh. ¡Pero no me importa! Por lo menos me queda la satisfacción de que yo, Baldomero Denegri, he tenido mi propia iniciación heroica.

Después de lo que me ha ocurrido, tienes que decirles a U. A. y a S. G. que abandonen el «Proyecto Pachacámac», porque se trata de Él mismo. Por mi parte, no quiero prolongar más las cosas y deseo llegar de una vez al final de este asunto, así que tomaré el San Pedro y me enfrentaré a Él.

*Hasta siempre,
Baldomero*

Después de leer la carta por segunda vez, Mario y yo nos resistimos a creer que una fuerza milenaria podía haber atrapado a Denegri. De haber sido cierto todo aquello, se explicaban la *vividez* de sus clases, su degradación física y el progresivo deterioro de

sus facultades mentales; pero asumimos que todo formaba parte de los desvaríos de una mente enferma y decidimos echarle tierra a la vaina para no desencadenar nuevas habladurías. Al fin y al cabo, ¿acaso un loco con el talento de Baldomero no podía haber inventado una historia así?

Han pasado ya cinco años desde la muerte de Baldomero Denegri, y si ahora escribo estas líneas es impulsado por la angustia que me ha causado el último hallazgo de los trabajos de restauración en la huaca Juliana.

En el complejo A, en la zona de los adobitos tempranos de la cultura lima, los arqueólogos han descubierto un estrato considerablemente más antiguo. Todavía no tengo a la mano los resultados de las pruebas de radiocarbono, pero sospecho que pertenece al Primer Horizonte en la misma fase que Ancón y Garagay.

116 Se trata de una pequeña explanada circular en cuyo centro hay una escultura de barro y piedra que representa al jaguar. A los lados, tal vez a modo de ofrendas, fueron halladas varias vasijas con residuos de *Trichocereus Pachanoi*, el cacto alucinógeno del San Pedro. Curiosamente, la estatua tiene la forma de un cuchillo ceremonial que recuerda vagamente al «Lanzón» de chavín. Dicho descubrimiento no me inquietaría tanto, si la imagen no estuviera situada exactamente bajo el lugar donde se halló el cadáver de Denegri.

¿Cómo supo que estaba trazando un círculo sobre una figura sagrada?, ¿qué inefable fuerza le condujo hasta allí?, ¿o acaso debo pensar que todo fue una casualidad? De acuerdo con Eliade, el tiempo del mito describe un trazo circular de eterno retorno, y Baldomero debió ser alcanzado en algún punto de esa línea inexorable. Es la única explicación que puedo improvisar para justificar por qué después de más de tres mil años, la última víctima reclamada por el jaguar haya sido un excéntrico profesor universitario.

Desde entonces, cada vez que contemplo en el Museo Nacional la figura de la «Estela de Raimondi», siento la terrible sensación de saber que esa hierática sonrisa condujo a miles de hombres a un universo sellado por un tiempo mágico, a un espacio impenetrable para la ciencia y del cual Baldomero Denegri nunca regresará.

Fernando Iwasaki

Nació en Lima en 1961. Es autor de más de veinte títulos de diversos géneros, como las novelas *Neguijón* (2005) y *Libro de mal amor* (2001); los ensayos *Nabokovia Peruviana* (2011), *Arte de introducir* (2011), *Republicanos* (2008), *Mi poncho es un kimono flamenco* (2005) y *El descubrimiento de España* (1996). También ha escrito crónicas, reunidas en *Una declaración de humor* (2012), *Sevilla, sin mapa* (2010), *La caja de pan duro* (2000) y *El sentimiento trágico de la Liga* (1995). Entre sus libros de relatos tenemos: *España, aparta de mí estos premios* (2009), *Helarte de amar* (2006), *Ajuar funerario* (2004), *Un milagro informal* (2003), *Inquisiciones peruanas* (1994), *A Troya, Helena* (1993) y *Tres noches de corbata* (1987). Es editor de la antología mexicana del cuento andaluz *Macondo boca arriba* (2006) y de *Papel Carbón* (2012), volumen que reúne los relatos que escribió a máquina entre 1983 y 1993. Con Jorge Volpi ha coeditado la edición comentada de los *Cuentos completos* (2009) de Edgar Allan Poe, y con Gustavo Guerrero ha preparado la antología francesa de relato hispanoamericano *Les bonnes nouvelles de l'Amérique latine* (2010).